

miento y la voluntad, á la contemplacion y amor de las cosas celestiales: para la cual se han instituido estas dos primeras. Y de esta manera refundimos en su autor lo que hemos recibido de Dios: así sucederá, que los que ahora conservemos por el beneficio de la divina gracia enteras y sin mancha de culpa estas tres partes del hombre, merezcamos recibir el premio de esta integridad y piedad en la celestial gloria. Amen.

## ESQUELETO DEL SERMON III

## SOBRE LA EPIFANÍA.

*Vidimus stellam ejus in Oriente, et venimus adorare eum. (Math. II, 2).*

Vimos su estrella en el Oriente, y hemos venido á adorarle.

1. La verdad, figurada en la estrella de los Magos, es la única cosa digna de los cuidados y atenciones del hombre sobre la tierra.
2. Para unos es una luz benéfica; para otros lo es importuna, y para muchos es una nube espesa... Así se verificó respectivamente en los Magos, en los sacerdotes y en Herodes...
3. En los Magos forma adoradores; en los sacerdotes disimuladores; en Herodes un perseguidor... Verdad recibida; verdad disimulada; verdad perseguida...

*Primera parte: Verdad recibida.*

4. ¿Qué es la verdad?
5. Muchos la ignoran ó la conocen inútilmente.
6. Tres escollos que los Magos nos enseñan á evitar...
7. Fiados en la fe, no se entretienen en disputas ni vanas filosofías, pues saben que no deben mezclarse con la luz celestial las vanas reflexiones del espíritu humano.
8. Sin embargo de esto; cuántos miran á la Religion, no como un negocio sério, sino como materia de pura conversacion y de discursos!
9. La verdad no es fruto de contiendas y disputas, y sí solo de lágrimas y suspiros. Solo un corazón puro es digno de la luz del cielo... Máximas de san Agustín sobre el particular.
10. Agustino seguia proponiendo dudas para dar largas á sus pasiones, y, dominado de ellas, la fe se le hacia sospechosa... En los Magos esta no halla pasiones que combatir...
11. Esto no es decir que no se puede consultar para discernir la ilusion de la verdad. También consultaron los Magos para mas asegurarse de la verdad... La buscaron sinceramente, y la hallaron.
12. Esta disposicion falta á muchos fieles...

13. La mayor parte de los hombres tiene un apego secreto y privilegiado respecto del cual no proceden con sinceridad... De ahí que las flaquezas de los justos den motivos de irrisión á los mundanos, quienes la hacen recaer sobre la virtud...

14. No podemos sufrir que otro intente hacer que nos conozcamos... Semejantes á Saul, queremos que Samuel apruebe en público lo que nosotros mismos condenamos en secreto... Pocos imitan á los Magos.

15. Estos no hacen caso de las dificultades que se les oponen... Abandonan patria, hijos...

16. El mayor obstáculo que la gracia y la verdad hallan en nuestros corazones es la opinión pública... Rey de Asiria... Aarón... No obraron así los Magos.

17. La verdad al principio nos parece agradable, pero después...

18. ¿Dónde están las almas que, como los Magos, no quieren ver mas que la verdad después de conocida?... ¡oh Dios mio! el mundo...

19. Hemos visto la verdad recibida... Veamos la disimulada...

*Segunda parte: Verdad disimulada.*

20. La verdad no es nuestra. Somos deudores de ella á todos los hombres. Disimulándosela les hacemos injusticia...

21. El mundo está lleno de disimuladores de la verdad... En los sacerdotes de nuestro Evangelio encontramos tres géneros de disimulo: de silencio, de condescendencia, de ficción y mentira.

22. *Disimulo de silencio.* Consultados los sacerdotes por Herodes, no le dicen la verdad.

23. Lisonjean con un infame silencio á un rey que los consulta...

24. Pocas personas hay que, como ellos, no sean culpables de este disimulo para con sus propios hermanos...

25. Callar la verdad cuando es impugnada, es hacerse su perseguidor. Los que la conocen y callan, son ingratos para con Dios y faltan al amor que deben al prójimo.

26. No cumplen con los fines de Dios... Se les pedirá estrecha cuenta de ello...

27. Es verdad que hay tiempo de hablar y tiempo de callar; pero si el mundo tiene sus apasionados defensores, ¿por qué no los ha de tener la verdad?

28. *Disimulo de condescendencia.* Los Magos no saben cubrir la

verdad con respetos y disfraces indignos de ella... Preguntan sin rodeos: ¿Dónde está, etc.?...

29. Los Magos, por el contrario, procuran unir el respeto que deben á la verdad con la condescendencia que quieren conservar con Herodes...

30. ¡Deplorable suerte de los grandes! Los mas amarian la verdad, si los que deben se la hiciesen conocer...

31. La conducta de aquellos sacerdotes es indigna, pero tiene muchos imitadores...

32. Lisonjemos las pasiones... justificamos el vicio... minoramos el delito con detrimento de la verdad.

33. En presencia de un cortesano... de un pródigo... de un avaro... de un grande... nuestros discursos no son mas que una repetición de sus preocupaciones... ¡Oh hijos de los hombres!...

34. Haciendo rara la verdad entre los hombres, la hacemos odiosa ó ridícula... Ya que el mundo tiene sus *Balaumes*, tenga la piedad sus *Finees*... Ya que aquel tiene sus encantadores, sus sacerdotes y doctores, tenga esta sus Moisés y Aarones, sus Magos...

35. No se condenan por esto las condescendencias de una sábia prudencia. La regla mas segura del cielo de la verdad, es la caridad y la prudencia.

36. *Disimulo de ficción y mentira.* Los sacerdotes no se contentan con alegar las profecías en términos oscuros y disfrazados... Dan á entender á Herodes que los Magos son unos hombres crédulos y supersticiosos...

37. También nosotros hacemos traición á nuestra conciencia, á nuestra obligación y á nuestras luces. Solo huimos la publicidad y la vergüenza...

38. La soberbia, la ignorancia, la porfía dan al error defensores tan intrépidos como aquellos de que se gloria la fe. La verdad que nos manifiesta la Iglesia, es la sola digna de nuestro celo y valor.

39. *Deprecacion:* ¡Oh Dios mio!...

*Tercera parte: Verdad perseguida.*

40. El combatir y perseguir la verdad es la mas segura señal de reprobación... Herodes la persiguió, y tiene mas secuaces de lo que parece.

41. Herodes la persiguió con *persecucion de escándalo, de seducción, de fuerza y de violencia*... Puede que no haya ninguno que no sea culpable de alguno de estos géneros de persecucion.

42. ¿Quién puede preciarse de no perseguir á la verdad con sus escándalos?... La regularidad mundana es una continua persecucion de la verdad, tanto mas peligrosa cuanto mas autorizada...

43. Muchas almas piadosas autorizan con sus malos ejemplos los placeres y vanidades del mundo... El mundo advierte que la virtud de aquellas se parece á sus vicios, y permanece tranquilo en su estado.

44. Exhortacion de san Pedro...

45. Á la persecucion de escándalo añade Herodes la de seducion...

46. Quien de una manera, quien de otra, tambien en esto imitamos todos los dias á Herodes...

47. No adelantando Herodes nada con sus artificios, se declara perseguidor de Jesucristo.

48. El mundo está lleno de esta especie de perseguidores de la verdad...

49. Estos discursos... aquellas irrisiones... aquellas sátiras, etc., todo esto lo llaman los santos Padres persecucion abierta de la verdad.

50. Palabras de los Tertulianos y Ciprianos á los paganos perseguidores de los fieles...

51. *Deprecacion*: ¡Gran Dios!...

52. ¡Ah, católicos! ¿es posible que vosotros?... Justa reconvenccion que os haria un infiel vista vuestra conducta.

53. *Exhortacion*: Respetemos, pues, la virtud...

## SERMON III

## SOBRE LA EPIFANÍA.

*Vidimus stellam ejus in Oriente, et venimus adorare eum.* (Matth. II, 2).

Vimos su estrella en el Oriente, y hemos venido á adorarle.

1. La verdad, aquella luz del cielo, figurada en la estrella que se manifiesta hoy á los Magos, es la única cosa que hay en la tierra digna de los cuidados y atenciones del hombre. Es la luz de nuestro espíritu, la regla de nuestro corazon, la raíz de los verdaderos placeres, el fundamento de nuestras esperanzas, el consuelo de nuestros temores, la suavidad de nuestros males y el remedio de todas nuestras penas. Ella sola es la seguridad de la buena conciencia y el terror de la mala; la pena secreta del vicio y la recompensa interior de la virtud; ella sola inmortaliza á los que la han amado; ilustra las cadenas de los que padecen por ella; adquiere los honores públicos á las cenizas de los Mártires y de sus defensores, y hace respetable el desprecio y pobreza de los que todo lo dejaron por seguirla. Finalmente, ella sola inspira pensamientos magníficos, formá hombres heróicos, almas de quienes no es digno el mundo, y sábios merecedores de este nombre; todos nuestros cuidados debieran, pues, limitarse á conocerla, nuestros talentos á manifestarla, nuestro celo á defenderla. No debiéramos buscar en los hombres mas que la verdad, no querer agradarnos sino por la verdad, no estimar en ellos mas que la verdad, y no permitir que ellos quisiesen agradarnos sino por la verdad. En una palabra, parece que debiera bastar el que se nos manifestase, como hoy á los Magos, para amarla y enseñarnos á conocerla.

2. No obstante son dignas de admiracion las diferentes impresiones que hace la verdad en los hombres cuando se les manifiesta: para unos es una luz que los alumbra, que los liberta, y que manifestándoles su obligacion se la hace amable; para otros es una luz importuna y oscura, que los entristece y molesta. Finalmente,

para muchos es una nube espesa, que los irrita, que arma su furor y acaba de cegarlos. Es la misma estrella que se manifiesta hoy en el firmamento. Los Magos la ven; los sacerdotes de Jerusalem saben que está anunciada en los Profetas; Herodes no puede dudar de que haya aparecido, pues unos sábios vienen desde las extremidades del Oriente, buscando, con el favor de su luz, al nuevo Rey de los judíos; con todo eso aquellos ofrecen unas disposiciones poco parecidas á la misma verdad que se les manifiesta.

3. En los Magos halla un corazón dócil y sincero; en los sacerdotes un corazón doble, tímido, flaco, disimulado; en Herodes un corazón obstinado y corrompido: por eso en los Magos forma adoradores; en los sacerdotes disimuladores; en Herodes un perseguidor. Esta, pues, católicos, es también entre nosotros la suerte de la verdad; es una luz celestial que se manifiesta á todos, dice san Agustín: *Omnibus præsto est*. Pero pocos la reciben, muchos la ocultan y disfrazan, y aun muchos más la desprecian y persiguen. Se manifiesta á todos, pero ¿cuántas son las almas obstinadas que la desprecian? ¿Cuántos los corazones flacos y tímidos que la disimulan? ¿Cuántos los corazones obstinados que la oprimen y persiguen? Recojamos estos tres caracteres señalados en nuestro Evangelio, que nos intruirán en todas nuestras obligaciones para con la verdad: la verdad recibida, la verdad disimulada, la verdad perseguida. Espíritu Santo, Espíritu de verdad, aniquilad en nosotros el espíritu del mundo, este espíritu de error, de disimulo, de horror á la verdad; y en este lugar santo, destinado á formar ministros que vayan á anunciarla hasta las extremidades de la tierra, hacednos dignos de amar la verdad, de manifestarla á los que la ignoran, y de sufrirlo todo por ella: *Ave María*.

*Primera parte: Verdad recibida.*

4. Verdad llamo á aquella regla eterna, á aquella luz interior, continuamente presente dentro de nosotros, que nos manifiesta en cada acción lo que se debe abrazar ó huir, que aclara nuestras dudas y juzga nuestros juicios; que nos aprueba ó condena interiormente, según que nuestras costumbres se conforman ó contradicen á su luz; y que estando más viva y más resplandeciente en algunos instantes, nos descubre con más evidencia el camino que debemos seguir y que nos está señalado por esta luz milagrosa que hoy guía á los Magos á Jesucristo.

5. Esto supuesto, digo, que el primer uso que debemos hacer

de la verdad, es para nosotros mismos: la Iglesia nos propone en este día en la conducta de los Magos el modelo de las disposiciones que solas pueden hacernos útil y saludable el conocimiento de la verdad: pocas almas hay, por más sumergidas que estén en los sentidos y en las pasiones, cuyos ojos no se abran algunas veces para conocer la vanidad de los bienes que anhelan, la grandeza de las esperanzas que sacrifican y la indignidad de la vida que hacen. Pero ¡oh! no se abren sus ojos á la luz, sino para volverse á cerrar inmediatamente; y todo el fruto que sacan de la verdad que se les manifiesta y los ilustra, consiste en añadir á la desgracia de haberla ignorado hasta entonces el delito de haberla después inútilmente conocido.

6. Unos se contentan con hablar de la luz que los hiera, y hacen de la verdad motivo de disputa y de vana filosofía; otros, sin acabar de resolverse, desean al parecer el conocerla, pero no la buscan como se debe, porque en la realidad se enfadarían de haberla hallado. Finalmente, algunos más dóciles se dejan vencer de su evidencia, pero espantados con las dificultades y violencias que les presenta, no la reciben con aquella alegría y agradecimiento que inspira cuando una vez se ha conocido: y estos son los tres escollos que hoy nos enseñan á evitar las disposiciones de los sábios del Oriente para con la luz del cielo, que viene á manifestarles nuevos caminos.

7. Aunque acostumbrados por la pública profesión que hacían de la ciencia y de la filosofía á sujetar todas las cosas al juicio de una vana razón y á no dejarse llevar de las preocupaciones populares, con todo eso, fiados en la fe de la luz celestial, no se detienen, antes de ponerse en camino, á examinar si la aparición de este nuevo astro podía provenir de causas naturales; no llaman hombres sábios de todas partes para disputar acerca de un suceso tan inaudito; no gastan el tiempo en vanas dificultades, que por lo común nacen más de la oposición que se tiene á la verdad, que de un sincero deseo de ilustrarse y conocerla. Instruidos por la tradición de sus padres de lo que antiguamente habían dicho en Oriente los israelitas cautivos, y de lo que Daniel y otros muchos Profetas habían anunciado acerca de la estrella de Jacob, que se había de manifestar algún día, conocen desde luego que no deben mezclarse con la luz celestial las vanas reflexiones del espíritu humano; que la claridad que les manifiesta el cielo basta para determinarlos y conducirlos; que la gracia deja siempre algunas oscuridades en los

caminos por donde nos llama, por no quitar á la fe el mérito de su sumision; y que cuando hay la felicidad de percibir un solo vislumbre de verdad, debe la rectitud del corazon suplir lo que falta á la evidencia de la luz: *Vidimus, et venimus.*

8. No obstante, ¡cuántas almas hay en el mundo fluctuantes en la fe, ó por mejor decir, arrastradas de sus pasiones, que tienen por dudosa la verdad que las condena; cuántas almas que fluctuando de este modo ven claramente que la Religion de nuestros padres tiene en el fondo unos caracteres de verdad que no se atreviera á disputárselos la razon mas soberbia y mas osada; que la incredulidad adelanta mucho; que despues de estas dudas siempre es preciso creer algo; que el no creer nada es un partido aun mas incomprendible para la razon que los mismos misterios que la asustan: sienten el gusano de la conciencia, que continuamente les reprende su descamino y locura y procuran adormecerle con continuas disputas; que con el pretexto de ilustrarse, resisten á la verdad que se les manifiesta en lo íntimo de su corazon; que solo consultan para poderse decir á sí mismos que no han podido satisfacer á sus dudas; que no consultan á los mas hábiles, sino por tener un nuevo motivo de incredulidad, por haberles consultado en vano! Parece que la Religion no es mas que para discursos; no se mira como un negocio sério, en que no debemos perder un instante; es una simple materia de conversacion, como antiguamente en el Areopago; es un descanso del ocio y una de las cuestiones inútiles que llenan el vacío de las conversaciones y mantienen el enfado y vanidad de los comercios.

9. Pero, católicos, *el reino de Dios no viene con observacion*<sup>1</sup>. La verdad no es fruto de las contiendas y disputas, sino de las lágrimas y suspiros; solamente purificando nuestro corazon en el silencio y en la oracion, debemos esperar, como los Magos, la luz del cielo, para hacernos dignos de discernirla y conocerla. Un corazon corrompido, dice san Agustín, puede ver la verdad, pero no podrá gustarla, ni tenerla por amable. Por mas que os ilustreis é instruyais, vuestras dudas están en vuestras pasiones. La Religion será clara luego que vosotros seáis castos, templados y equitativos; y tendréis fe luego que dejéis de tener vicios. No tengais interés en que sea falsa la Religion, y la hallaréis incontrastable; no aborrecáis sus máximas, y no disputaréis sus misterios. *Inhære veritati sordidus animus non potest.*

<sup>1</sup> Luc. xvii, 20.

10. El mismo Agustino, convencido ya de la verdad del Evangelio, hallaba, aun en el amor á los deleites, dudas y ansiedades que le detenian. No eran ya los sueños de los Maniqueos los que le apartaban de la fe; conocia su necedad y fanatismo; ni tampoco eran las falsas contradicciones de nuestros Libros santos; Ambrosio le habia descubierto el secreto y los adorables misterios; con todo eso aun dudaba. El solo pensamiento de que era preciso renunciar sus vergonzosas pasiones, haciéndose discípulo de la fe, se la hacia aun sospechosa. Hubiera querido, ó que la doctrina de Jesucristo fuera una impostura, ó que no condenara los deleites, sin los que no podia alcanzar cómo se podia vivir una vida feliz y tranquila. De este modo, fluctuando siempre sin querer fijarse, consultando sin cesar, y temiendo ser ilustrado; siempre discípulo y admirador de Ambrosio, y siempre agitado con las inquietudes de un corazon que huia de la verdad, arrastraba su cadena, como dice él mismo, temiendo la libertad; seguia proponiendo dudas para dar largas á sus pasiones; queria ser mas ilustrado, porque temia el serlo demasiado. *Trahebam catenam meam, solvi timens*<sup>1</sup>, y mas esclavo de sus pasiones que de sus errores, solo repugnaba la verdad que se le manifestaba, porque la miraba como una mano victoriosa que venia á romper por último los lazos que aun amaba: *Repellens verba bene suadentis, tamquam manum solventis.* Hoy, pues, la luz del cielo no halla dudas que disipar en el espíritu de los Magos, porque no halla en su corazon pasiones que combatir, y merecen ser las primicias de los gentiles, y los primeros discípulos de la fe que habia de sujetar todas las naciones al Evangelio. *Vidimus, et venimus.*

11. No quiero decir que no hay muchas veces necesidad de añadir á la luz que nos alumbrá los votos de los que están destinados á discernir si es bueno el espíritu que nos mueve; es la ilusion tan parecida á la verdad, que muchas veces es difícil no engañarse; por eso los Magos para mas asegurarse de la verdad del prodigio que los guía, vienen derechos á Jerusalem: consultan á los sacerdotes y doctores, que son los que pueden descubrirles la verdad que buscan: preguntan unánimemente y sin rodeos, en medio de esta gran ciudad: ¿Dónde está el Rey de los judíos recién nacido? *Ubi est, qui natus est Rex judæorum?* No proponen su pregunta con mitigaciones proporcionadas á que les den una respuesta engañosa; quieren ser ilustrados; no quieren que los adulen; buscan la verdad sinceramente, y por eso la hallan. *Ubi est, etc.*

<sup>1</sup> S. Aug. in Conf.

12. Esta es una nueva disposicion bastante rara entre los fieles. ¡Ah! nosotros no hallamos la verdad, porque no la buscamos con corazon recto y sincero; esparcimos sobre todos los pasos que damos para buscarla unas nubes que la ocultan á nuestra vista; consultamos, pero damos un colorido tan favorable á nuestras pasiones, las exponemos con unos colores tan parecidos á la verdad, que hacemos que nos respondan qué es ella; no queremos ser instruidos; queremos ser engañados y añadir á la pasion que nos cautiva una autoridad que nos sosiegue.

13. Esta es la ilusion de la mayor parte de los hombres, y muchas veces, aun de aquellos que tocados de Dios se han retirado de los desórdenes de una vida mundana. Sí, católicos, por mas sincera que por otra parte parezca nuestra conversion, si entramos dentro de nosotros mismos, veremos que siempre hay en nosotros algun punto, algun apego secreto y privilegiado, en que no procedemos con sinceridad; el que nunca manifestamos con claridad á nuestro director; acerca del cual nunca buscamos la verdad sinceramente; en una palabra, respecto del que sentiríamos el haberla hallado. De aquí proviene que las flaquezas de los justos dan todos los dias tantos motivos de irrision á los mundanos; de aquí proviene que hagamos que continuamente caigan sobre la virtud tantas reprehensiones y censuras, que solo debieran caer sobre nosotros. No obstante, si se nos oye, nosotros amamos la verdad, queremos que nos la dén á conocer; pero la prueba de que esto no es mas que un vano discurso, es que en todo lo que mira á esta pasion favorita, que hemos como salvado entre las ruinas de las otras, cuantos nos tratan guardan un profundo silencio. Nuestros amigos callan: nuestros superiores se ven precisados á disimular: nuestros inferiores están alerta, valiéndose de continuas precauciones; no nos hablan de ella sino con una blandura que pone un velo á nuestras llagas; nosotros somos los únicos que ignoramos nuestra miseria; todos la ven, y nadie se atreve á manifestárnosla; todos conocen que no buscamos la verdad de buena fe, y que la mano que nos descubriese nuestra herida, en vez de curarnos, no conseguiria mas que hacer una nueva llaga.

14. David no conoció ni respetó la santidad de Natan, hasta despues que este Profeta le habló sinceramente acerca del escándalo de su conducta. Desde este dia hasta el fin le miró como á su libertador y padre; y con nosotros pierde todo el mérito el que intenta hacer que nos conozcamos; antes era prudente, sábio, cari-

tativo, tenia todos los talentos propios para granjearse la estimacion y la confianza. Oíamos con gusto á los Bautistas, como en otro tiempo un rey incestuoso; pero despues que nos hablan con claridad, despues que nos han dicho, *no es lícito*<sup>1</sup>, han perdido en nuestro concepto todas estas grandes prendas. Tenemos su celo por mal humor; su caridad por ostentacion ó por gana de censurarlo y contradecirlo todo; su piedad por imprudencia ó ilusion con que ocultan su soberbia; su verdad por un fantasma que toma su figura; por eso convencidos muchas veces en secreto de la injusticia de nuestras pasiones, quisiéramos que los demás las aprobasen; y obligados con el testimonio interior de la verdad, á echárnoslas en cara á nosotros mismos, no podemos sufrir que nos las manifiesten: sentimos el que los demás se unan á nosotros contra nosotros mismos: semejantes á Saul, queremos que Samuel apruebe en público lo que nosotros condenamos en secreto; y por una corrupcion de corazon, peor acaso que nuestras mismas pasiones, no pudiendo apagar la verdad en el fondo de nuestro corazon, quisiéramos extinguirla en el de todos los que se nos acercan. Luego con razon decia yo, que todos nos preciamos de amar la verdad, pero que son pocos los que la buscan con un corazon recto y sincero como los Magos.

15. El poco caso que tambien hacen de las dificultades que parecian apartarlos de lo que buscaban, es una nueva prueba de que lo buscan con sinceridad y buena fe. Porque, católicos, ¿qué singular no debiera parecer á su espíritu el extraordinario camino que les propone la gracia? Solos en medio de su nacion, entre tantos sábios, sin respeto á sus parientes y amigos, á pesar de los discursos é irrisiones públicas, cuando todos los demás, ó desprecian esta estrella milagrosa, ó miran la observacion é intentos de estos tres sábios como un designio insensato, ó una flaqueza popular contra el comun dictámen; ellos solos siguen la nueva guía que les manifiesta el cielo: ellos solos abandonan su patria y sus hijos, y tienen en nada una singularidad, cuya necesidad y sabiduría les descubre la luz celestial. *Vidimus, et venimus.*

16. Última instruccion. El que la verdad se nos manifieste casi siempre inútilmente, consiste, católicos, en que no juzgamos de ella por las luces que deja en nuestra alma, sino por la impresion que hace en los demás hombres entre quienes vivimos: no consultamos á la verdad en nuestro corazon, sino solamente en la idea

<sup>1</sup> Matth. xiv, 4.

que forman los demás. Por eso la luz del cielo mil veces nos turba, y nos ilustra inútilmente acerca de los caminos que debemos seguir: la primera reflexion que hacemos despues acerca del ejemplo de los demás hombres que viven como nosotros, nos asegura y esparce una nueva nube sobre nuestro corazon. En aquellos felices instantes, en que solamente consultamos la verdad en nuestra propia conciencia, nos condenamos á nosotros mismos, temblamos de lo por venir, y nos proponemos una nueva vida: entrando en el instante siguiente en el mundo, y no consultando mas que el ejemplo comun, nos justificamos, nos restituimos á la falsa paz que habíamos perdido, desconfiamos de la verdad, á quien contradice el comun ejemplo, la retenemos en la injusticia, la sacrificamos al error y á la opinion pública, se nos hace sospechosa, porque nos escoge á nosotros solos para favorecernos con sus luces, y la misma singularidad de su beneficio nos hace ingratos y rebeldes. No alcanzamos que el trabajar por la salvacion es distinguirse del resto de los hombres, es vivir solo en medio de la multitud, es estar solo de su parte en medio de un mundo, que ó nos condena, ó nos desprecia; en una palabra, es no tener en nada los malos ejemplos, y moverse solamente por las obligaciones. No alcanzamos que el perderse consiste en vivir como los otros, en conformarse con la multitud, en no distinguirse en nada de los del mundo, en formar un mismo cuerpo y un mismo mundo con él. No conocemos que el mundo está ya juzgado, que este cuerpo del Anticristo perecerá con su cabeza y sus miembros, que esta ciudad criminal será herida de maldicion y condenada á un anatema eterno. Sí, católicos, el mayor obstáculo que hallan la gracia y la verdad en nuestros corazones es la opinion pública. ¿Cuántas almas tímidas no se atreven á convertirse de veras, por no desamparar al mundo á quien sirven de espectáculo? Por eso aquel rey de Asiria no se atrevia á declararse por el Dios de Daniel, porque los grandes de su corte hubieran condenado su conducta. ¿Cuántas almas fieles hay que disgustadas de los placeres, solo los siguen movidas de un falso honor, y por no distinguirse de aquellas que las incitan con su ejemplo? Por eso Aaron, en medio de los israelitas, danzaba al rededor del becerro de oro, y ofrecia con ellos inciensos al ídolo que detestaba, porque no se hallaba con fuerzas para resistir solo al error público. ¡Oh, y qué insensatos somos! Solo el ejemplo público es el que nos asegura contra la verdad, como si los hombres fueran nuestra verdad, ó como si debiéramos buscar la regla y la

luz, que debe conducirnos, en la tierra y no en el cielo, como los Magos. Es verdad que muchas veces no es el respeto humano quien apaga la verdad en nuestro corazon, sino las violencias y trabajos que ella nos presenta. Por eso nos entristece como á aquel jóven del Evangelio, y no la recibimos con aquella alegría que manifestaron los Magos cuando volvieron á ver la estrella milagrosa: *Videntes stellam gavisí sunt gaudio magno valde*. Vieron la magnificencia de Jerusalem, la pompa de sus edificios, la majestad de su templo, el resplandor y grandeza de la corte de Herodes; pero no dice el Evangelio que los moviese este vano espectáculo de las pompas humanas. Miraban todos estos grandes objetos del deseo, sin atencion, sin deleite, sin gusto, sin señal alguna de admiracion ni pasmo: no piden que se les enseñen los tesoros y riquezas del templo, como antes habian hecho con Ezequías los enviados de Babilonia; y atentos únicamente á la luz del cielo, que antes se les habia manifestado, no tienen ojos para ver nada de cuanto pasa en el mundo; movidos solamente de la verdad que los ha ilustrado, todo lo demás les es indiferente ó molesto; y desengañado del todo su corazon, nada hallan que los alegre, que los interese y consuele, sino la verdad. *Vidimus stellam*, etc.

17. Por lo que á nosotros toca, católicos, acaso los primeros rayos de verdad, que la bondad de Dios derramó sobre nuestros corazones, movieron en nosotros un gusto sensible, el proyecto de una nueva vida que nos formábamos al principio: la novedad de las luces que nos ilustraban, y las que con especialidad no conocíamos; el cansancio y el disgusto de las pasiones, en las que no conocia nuestro corazon mas que las amargas y penas; la novedad de las ocupaciones que nos proponíamos en esta mudanza, todo esto nos ofrecia imágenes agradables; la novedad por sí sola agrada. Pero esta alegría no duró mas que un instante, como dice el Evangelio: *Ad horam exultare in luce ejus*<sup>1</sup>. Á proporcion que la verdad se nos iba manifestando mas de cerca, nos parecia, como á san Agustin, cuando aun era pecador, menos amable y halagüeña: *Quanto propius admovebatur, tanto amplioem incutiebat terrorem*<sup>2</sup>. Cuando despues de esta primera vista examinamos despacio y por menor las obligaciones que nos imponia, las separaciones dolorosas que nos mandaba, el retiro, la oracion, las maceraciones y las violencias que nos manifestaba como indispensables, la vida sería, ocupada, interior en que nos empeñaba, empezábamos tris-

<sup>1</sup> Joan. xv, 33. — <sup>2</sup> S. Aug. in Conf.